

# MORIRSE

Gustavo Leño /  
Centro Universitario México



Dibujo Psicodélico de Alejandro Reza

Y de cómo se habían ido: agachados de los ojos, yéndose por tinieblas; otros, tomados de la mano, con los pies andando cansados, hablando de la muerte lejos, sin memoria.

Las monedas se quedaron en la casa, y los paliacates, doblados; las mujeres, solteras; los padres, dormidos.

...la miré a la cara y se quedó bien quieta, de la vista al piso, de manos sin moverse. Le dije que tenía el pelo pintado, y yo, una foto en la chamarra, cuando tronó el disparo, sin olor, al aire. Ahora también se aquietó la bala y quedó achatada, en el campo (dicen que los plomos de una bala no se acuerdan y tampoco matan, que la gente se muere nomás de miedo).

Yo me quedé pensando, él se quedó tirado. Y se le salió la sangre del cuerpo, se le fue escurriendo, caliente, para afuera, y le mojó la espalda, por fuera. Él se quedó todo frío y las esposas en las casas, metidas en la cama; por eso ya ni le seguí contando, porque la mujer se durmió de sueño.

Y luego, había tierra en el suelo, por donde iban los con-rifle, jorobados de espalda, ñengos de miedo. Ni me detuve: seguí andando sin pararme; por eso tuve que dejar a los tirados. Se me quedó la cabeza calva, sin pelos y arrugado el cuero. Nomás una vez me pegaron, en la nuca, de culata y ¡ay-qué-dolor-de-vientre!, dolor de miedo, como todos.

Ya me fui cayendo al rato, se me quedaron quietos los pies y todas frías las orejas.

—Le pasé la mano por su mano... ¿O ya ni se acuerda?

Las manos se secaron más al rato.

—¿Se acuerda que nos quedamos viendo?

Y ella se sentó en las piedras. Se me iba durmiendo el cuerpo, me quedé caído. Una bota golpeó con las piedras. Me empezó a zumbar algo en el oído, despacio, quedito. Se me quedó viendo, me miró. Recargó la espalda en la pared y echó aire por la boca. ¡Ya no oigo! Yo veía para el suelo. Se sentó ella y se agarraron de las manos. Los soldados de botas anchas, de cuero chirriando, le pisaron el cuerpo y volvieron a matarlo. Le gritó con la garganta, se rompieron los estómagos (muchos los llevábamos llenos de ratas que no corrieron ni aullaron). Se acercaron a juntarse los brazos, a abrazarse de los cuerpos.

Se quedó la foto en la chamarra.

Todo el lugar aplanado y lleno de ojos cerrados, de manos tías, de cuerpos secos, de oídos muertos.

No corrí ni tuve ganas de gritar y creo que también me mataron. Sentí enfriarse la espalda, quedarse quieto el cuerpo. Por eso dejé las guerras.

Unos venían huyendo, apretando los dientes: se quedaron creyendo que tenían atrás al enemigo.

Iban siete pájaros muriendo, iban tras la luz.

Me vine viendo los pies sin carne de los hombres, y las bocas sin dientes, los agujeros de los ojos. Venía oliendo a sangre quieta, animal muerto de puro tiempo (cuero seco). Los que huyen traen la cabeza baja. Traen la sombra en el suelo, la mirada en ningún lado, la cola entre las patas, el cristo en las uñas. Los desertores se quedan con las balas en el cuerpo y con las cicatrices anchas. Éstos saben de las guerras en silencio, de muerte por dentro, de las heridas del miedo. O de cómo se mueren los niños o de cómo se viola a las mujeres o de cómo se roba a los viejos o de cómo se anda sin alma.

Venía de espaldas, atrás; ni uno nos miramos de frente (porque se trae la cabeza baja). Había aire frío metido en medio de todos, y se metió entre los músculos y los secó; se quedaron tiesos, igual que las querencias y los hombres.

Bajé la mano porque aún me pesaba, estaba vacía. Me raspé de arma la piel. Los dedos quedaron de amarillo, los pies manchados de lodo.

Sacó un chocolate robado, se lo metió escondido a la boca. Lo vimos sin que nos viera: tenía los dientes muy blancos, no tenía ojos; el carro tenía el aire ensuciado, cayendo las tablas, lleno.

Llegaron los trenes despacio, se fueron parando.

Yo me vine sin ropa, nomás que con los dedos pelados y una oreja cortada. Se me cerraron los ojos cuando llegamos; nadie había. Mi hermano se me quedó mirando. Me levanté del piso, me eché a la puerta, lleno de frío. Las piernas se me quedaron sin fuerzas, quedé de cara en el suelo.

Nadie conoció a los que volvieron, se confundió la gente. Ya no estaba ninguna casa ahí.

...de eso que corren las gentes cruzando las calles.

Ni el templo estaba de gente. Llegué hasta la casa y toqué la puerta. Me senté a la mesa.

—Córrele Salvador por la leche.

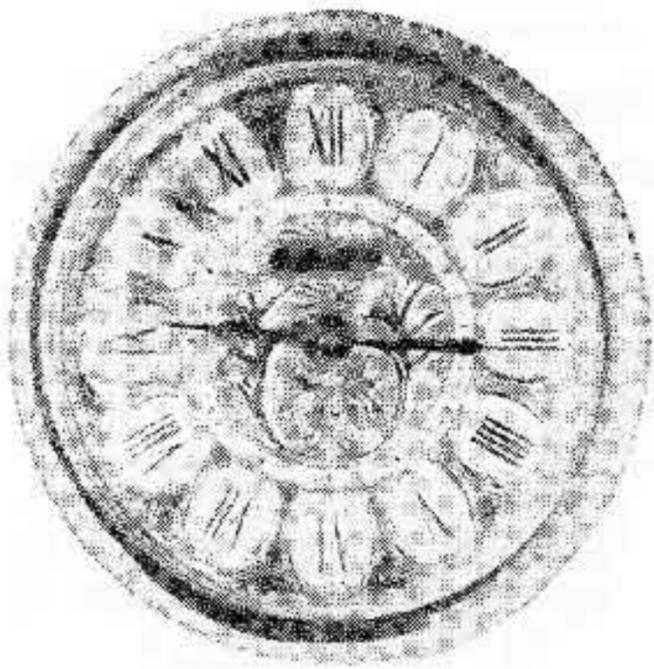
La carne estaba aguada; la leche, cortada; los panes, duros; las sillas, rotas.

Me quedé sentado.

Ya no había visto sol desde entonces ni había viento, ya no se metía el agua por allá ni se bajaba chorreando.

Un día la gente se echó al río, muchas hijas se besaron, muchas manos se cerraron (la gente dice que las manos de los muertos ya no se abren ni que vuelven a ver con los ojos ni que gritan. Unos nomás se echan).

Un brazo se quedó colgando o tirado entre los campos. Unas mujeres se quedaron gritando. Los guijarros se quedaron quietos, y los caballos.



Y las jicaras vacías, y las mujeres.

Ni hubo hueco de mano que recogiera agua ni cara de llanto ni hubo pies que se pintaran junto al río.

Era el tiempo de sentir pena, sentirse lejos, sentirse cansado, o de llorar las mujeres, de llorar por los ausentes, o sentados en una silla, pensar, de echar al suelo los zapatos o de buscar por el infierno o de rezar a Dios o de escupir la cruz.

Se oyó maldecir el pueblo una gitana "... y que se queden sin quererse".

Se quedaron los brazos en alto, se quedaron gritando.

Dejaron la piel abierta; la carne de sangre, morada.

Ya iban solas las gentes, iban por carne a la tienda, iban por agua a la fuente, iban solas, iban por hambre al mercado.

Se quedaron temblando las tejas, se quedaron al aire, se quedaron las mujeres desnudas, se quedaron sin hombre.

Ni se oyó más quejido que el aire, que no hubo quién se le pusiera enfrente; desde entonces se le metió a la gente ese aire, se le metió a la carne, los dejó muertos.

Ya nadie hay en el pueblo, ni aquí ni en ninguna parte, ya se murió la gente.

Unos se murieron parados, otros, de gritos, otros callados.

Se quedaron las luces encendidas, se quedaron de pie.

Se quedó el río corriendo y el agua, llena de piedras (y'a luego se fue amontonando, sin dolor ni grito).

Por eso ya no hubo pie de grito.

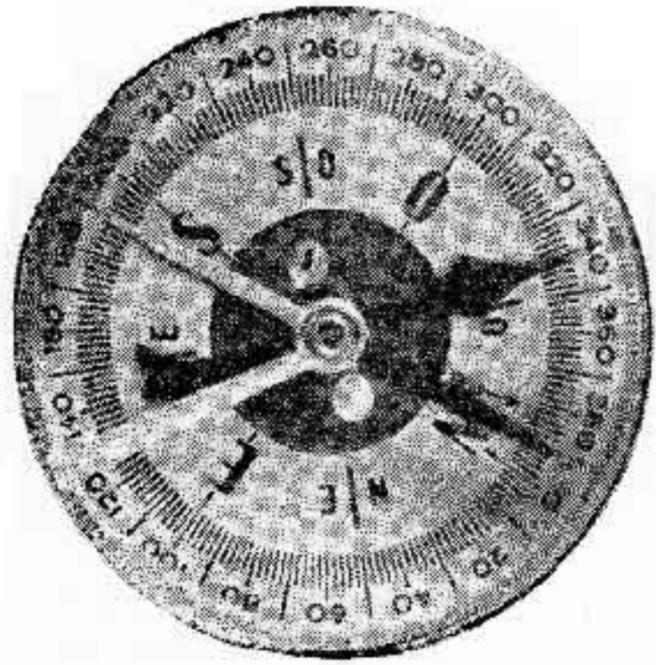
(Yo me acuerdo del pueblo muerto: despertaba a las siete, y sé que se vestía a las doce y se iba con los domingos de fiesta).

Un día el pueblo se levantó de noche y se fue por las calles, la gente en silencio. Se fueron manchados de sombra, ciegos de ojos, se fueron yendo. Pisaron el campo, pisaron sus muertos.

Se quedó el sol abajo, se quedó dormido, se quedó sin verlo.

Ni uno volteó la cabeza, se fueron de espalda.

Los perros se quedaron del pueblo, se dolieron... se oyó ladrar todo el pueblo, pero se ahuecaron sus voces (no como llorar con el cuerpo).



Porque ya no hubo dolor de piel ni mujer pariendo ni vida ni siquiera nada. Se fueron a morir a otra parte, y los que no, se quedaron muertos.

Aquí no hubo mujer que pusiera hijos ni nadie que se sentara junto a nadie.

Se fue la gente, iban cargando los hijos, los echaron a la espalda. Se llevaron la agonía, se cargaron de nostalgia, se fueron con su miedo.

Se fueron muriendo, agacharon la cabeza, se levantaron de hombros, se torció la espalda, se engordaron de los vientres. Se hicieron más grandes las caderas, crecieron las uñas. Se manchó la piel. Se ensuciaron las caras, se agriaron los modos.

Se fueron pisando la hierba, se fueron siguiendo los talones, y de todos, detrás de uno, otro.

Se fueron las gentes, andando, sin prisa, quietas, calladas.

...como como como como como como los desfiles de fiesta. Iba cansada la gente, puestos los trajes de gala; en los pies, clavos de punta, sudores de sed en la boca.

Dejamos las calles de banquetta de hueso que uno pisaba.

Tenían tierra las nubes, tierra seca, tierra roja, tierra pobre, sin color.

Ya nadie vio de lejos, ni se vieron las luces ni lloró nadie, como si ya no hubiera esperanza. Las nubes se hicieron de tierra.

Se oyeron las botas, de lejos, se oyó los caballos; se metió el miedo a la carne y tembló de miedo.

La mujer de lunares, del vestido largo, a los tobillos, a colores, se miró contenta, rompió la carta, levantó el pañuelo y lo llenó de aire. El suelo era de tierra de hilos de agua y el pañuelo se llenó de todos.

Ella habló con los gestos que saben decir y ya después re juntó el pañuelo y se abrazó de un hombre, de los que habían llegado. Se la llevaron de ahí. La tienda de lados y techo de tela se quedó oscura, porque no se encendieron más velas y se veía por fuera lo negro.

Dijeron que ese baldío se llenó de agua y que los que vivían se murieron. Dijeron que llegó la guerra, y no era nadie.

Dijeron...